

los había dado un humazo como á las zorras. Cinco minutos despues tocaba á mi ventana un parlamentario; llegábame la vez de imponer mis condiciones, y usé de la victoria como verdadero héroe: como Alejandro, perdoné á la familia de Dario, y fué jurada la paz entre ella y yo, con la condicion de que ella no haria mas ruido, ni yo mas fuego.

Las cláusulas del tratado fueron religiosamente cumplidas por ambas partes, y comenzaba, no á dormirme sino á esperar que me dormiria, cuando los perros de los guias dieron un aullido prolongado que acabó por reasumirse en continuos ladridos.

Creí que los cuadrúpedos estaban de acuerdo con sus amos para hacerme condenar: así es que busqué en mi arsenal una arma intermedia entre vara y baston, y salí de mi cuarto con intencion de ir á la perrera y de sacudir vigorosamente el polvo á sus habitantes, cualquiera que fuese la raza á que perteneciesen.

Apenas puse el pie fuera, cuando Willer, á quien no veia, tan abominablemente oscura era la noche, sobre todo para mí que salia de un cuarto con luz, me agarró de un brazo haciéndome señas de que guardase silencio: obedeci escuchando con mis dos oidos sin saber lo que iba á oír. Un grito modulado de cierta manera subió de lo profundo del valle; pero tan lejano y tan debilitado por la distancia, que vino á espirar en el mismo sitio en donde nosotros nos hallábamos, y que veinte pasos mas distantes tal vez hubiera sido imposible percibir.

—¡Es un grito de agonía! dijeron á una voz los guias reunidos para escuchar. Hay viajeros perdidos en la montaña, encendamos las hachas, soltemos los perros, y al camino.

Pocas arengas produjeron jamás un efecto tan pronto sobre los oyentes como la que acabo de referir. Cada cual corrió á su puesto, los unos á la cocina para tomar ron, los otros al granero para buscar las hachas, otros, en fin, á la perrera para soltar á los animales; despues, reuniéndose todos, dieron á una sola voz un gran grito, que tenia por objeto anunciar á los viajeros que habían sido oídos y que iban á socorrerlos.

Había yo cogido mi hachon como los demás, no porque tuviese la presuncion de creer que de noche podria servir de mucho auxilio en caminos en que de día me veia obligado algunas veces á andar á gatas; sino porque queria ver aquella escena nueva para mí en todos sus detalles. Desgraciadamente, apenas habiamos andado quinientos pasos, cada cual echó por su lado, permitiendo á mis valientes compañeros el conocimiento del terreno internarse por caminos casi impracticables. Yo ví, pues, que si iba mas adelante á buscar á los otros, los otros tendrian luego que venir á buscarme á mí, lo que haria perder tiempo inútilmente. Tomé entonces el partido menos

filantrópico, pero mas prudente, el de sentarme en una roca, desde donde sumergiendo mis miradas en el valle podia seguir las diferentes direcciones que tomasen aquellas luces oscilantes cual fuegos fátuos sobre un estanque.

Durante media hora parecieron perderse; tan diversas y locas direcciones tomaron, desapareciendo entre los barrancos, volviendo á presentarse sobre las cimas, siendo acompañadas todas estas evoluciones, además de los gritos de los hombres, de ladridos de los perros y pistoletazos, que daban á aquel espectáculo una apariencia estraña y desordenada. Al fin se dirigieron hácia un centro comun, se reunieron en un espacio circunscrito de que ya no se apartaron, y luego, poniéndose en camino con cierto orden, se dirigieron hácia mi roca, acompañando entre dos filas á los viajeros encontrados, con el mismo orden que lo hace una patrulla que lleva á vagabundos al cuerpo de guardia.

A medida que se aproximaba la comitiva distinguia á la opaca luz que las antorchas reflejaban sobre él, un tropel confuso de hombres, mugeres, niños, mulos, caballos y perros, relinchando, ladrando y hablando en lenguas distintas. Era aquello el arca de Noé suelta en la torre de Babel.

Me incorporé á la caravana cuando pasó delante de mí, y llegamos á la posada. Al examinar aquella miscelanea, se hallaron diez americanos, un alemán y un inglés, todos en el peor estado posible, habiendo sido hallados los americanos en el lago, el alemán sobre la nieve y el inglés agarrado á una rama de un árbol, suspendido sobre un precipicio de tres mil pies.

El resto de la noche se pasó en la mas perfecta tranquilidad.

#### ROSENLAWI.

A la mañana siguiente á las ocho estábamos todo el mundo en batalla, caballería é infantería, en la llanura de Faulhorn; la caballería se componia de una señora francesa, del americano, de su muger y sus siete hijos, yendo á pie el mayor de todos, el inglés, los seis guias y yo. En cuanto al alemán se encontraba enteramente baldado aunque había pasado la noche sobre las baldosas de la cocina que se habían hecho calentar como un horno. No podia hacer ningun movimiento sin acompañarlo de terribles gritos, lo dejamos en Faulhorn, en donde si la Providencia no ha tenido por conveniente hacer un especial milagro, debe ha-

larse aun, atendido lo poco favorable de aquella temperatura para la curacion de las pleurías.

Dispuestos los preparativos indispensables, como el proveer las botas de vino y disponer cómodamente las caballerías, emprendimos la marcha con la alegría que sigue por reaccion á los lances apurados de que uno escapa sin detrimento de su persona.

Pensábamos visitar al paso la nevera de Rosenlawi é irnos á hacer noche en Meyringen, andando de esta manera una jornada buena, pero no difícil, yendo bien montadas las señoras que iban con nosotros y teniendo mis compañeros y yo unas piernas que podian competir ventajosamente en correr con los mas listos montañeses del Oberland.

He dicho mis compañeros, porque aun no habiamos andado quinientos pasos, ya nos considerábamos como los mejores amigos del mundo; pues nada intima tan pronto las amistades como el colegio, la caza y los viages. Además, yo había visto al americano en Paris en los salones de la princesa de Salm, y en cuanto al inglés, contra la naturaleza de sus compatriotas, era de un carácter muy alegre y bullicioso, formando contraste estas cualidades con su cara siempre impasible, aun en medio de todas las grandes gracias y bullas que hacia, contraste de que solo el actor Duboreau con su rostro frio y sus animados gestos ofrece á mi imaginacion un tipo parecido.

Ya se adivina, que dispuestos como nos hallábamos á la alegría, nos divertimos mucho, sino con su fisonomía al menos con sus modales.

Yo no he visto nunca nada mas ágil, mas imprudente, y mas diestro en sus imprudencias que aquel cuerpo de fantocecini, y aquella cabeza de clown: admirados estaban nuestros guias que miraban los saltos y pantomimas que hacia, y que en su silencio parecian decirle: «Corre, corre, que el día menos pensado te romperás la cabeza.» El no hacia caso alguno de lo que pensasen, y continuaba saltando tranquilamente de roca en roca y pasando á pie cojo y á saltitos sobre los troncos que servian de puentes encima de los torrentes y riachuelos, y cogiendo grandes ramilletes de flores de las que las mas fáciles de alcanzar, por mí hubieran podido estar una eternidad allí, sin que me viniesen ganas de irlos á coger.

Aquella temeridad tenia tanto mas mérito atendiendo á que caminábamos por un terreno gredoso, siguiendo un detestable camino que hacia dos años solo se había abierto de Faulhorn á Rosenlawi, y que la lluvia de la noche y del día anterior hacian aun mas peligroso. A cada momento resbalábamos los hombres ó tropezaban las caballerías, y las señoras daban unos gritos horribles justificados por el aspecto del sendero por donde las llevaban sus caballerías.

Un momento nos encontramos en una sen-

da tan estrecha, que los guias no podian llevar por la brida á las caballerías, y costéabamos un precipicio que tenia mil quinientos pies de profundidad. En medio de aquel destiladero se levantó de manos el mulo de la hija mayor del americano, y la pobre jóven, habiendo saltado fuera de la silla por el sacudimiento, se encontró sobre el cuello de su caballería oscilando como en un columpio, no sabiendo si caeria á izquierda ó á derecha, es decir, en el camino ó en el precipicio. Felizmente un guia la empujó con su palo, y dando un espantoso alarido cayó del lado donde no corria mas riesgo que hacerse una contusion ó algun arañazo.

Este accidente puso en confusion la caravana, porque las señoras de miedo de caer saltaron á tierra, al saltar cayeron, y por todas partes se oian gritos á cual mas agudos. Todo el mundo se creia en peligro de muerte, y pedia socorros que seguramente ninguno necesitaba. Los perros ladraban, echaban tacos los guias, los mulos aprovechaban aquel instante de descanso para pacer las yerbas que brotaban á orillas del precipicio, y el inglés plantado sobre una roca de veinte y cinco pies encima de nosotros, en una postura que hubiera desvanecido la cabeza de un gamo, silbaba taanquilamente el *God save the king*. (Dios salve al rey).

Al cabo de un instante se restableció la calma; se sacó á las señoras de entre las patas de los cuadrúpedos; atravesaron á pie una á una y dirigidas por los guias, el resto del mal camino, y diez minutos despues estaba toda la caravana sana y salva sobre un cesped liso y suave como el del tapiz verde del jardin de Versailles.

Aprovechamos esta circunstancia para almorzar y nos hicieron buena compañía las asustadas señoras, repuestas ya de su terror que para todas había sido un pánico menos para una. Despues continuamos el camino.

Pronto entramos en el Oberhasli y atravesamos por la plaza de los luchadores. El día anterior mismo había habido ejercicios entre los montañeses, y nos pesó mucho no haber llegado á tiempo de asistir á aquel espectáculo.

Habiamos bajado ya á una atmósfera mas templada, y de trecho en trecho comenzamos á volver á ver pinares que se detienen en un punto determinado, cual si la vara de un mágico les hubiese trazado un encantado circulo para que no pudiesen pasar de allí. Aquellos troncos aislados nos ofrecieron una variedad á nuestros ejercicios, sirviendo de blanco á cuatro palos de montaña, que lanzados como dardos á treinta ó cuarenta pasos de distancia se clavaban en ellos todo lo largo de sus puntas de hierro. El americano era el mas listo de todos en este ejercicio, y el menos diestro era el inglés. Esto ocasionó entre los dos una disputa acalorada en la que los dejé enzarzados



para seguir, no con mi palo sino con el fusil, un gallo silvestre que se habia levantado bastante lejos de mí, para poderle tirar. Inútil me fué el seguirlo y á los diez minutos volví á bajar por el otro lado del bosquecillo en donde habia dejado á mis compañeros de viage.

Los divisé de lejos sentados á orillas de un torrente, y me acerqué á ellos sin poder comprender en que se ejercitaba el inglés, tan singular me pareció en lo que se ocupaba. Consistía su habilidad en llenarse la boca de agua, y despues hacerla salir por en medio de su carrillo. Yo al pronto creí que salía por la oreja, y admiré de aquel nuevo juego de manos; pero cuando estuve mas cerca vi que el agua al salir tomaba un color encarnado que debía á su mezcla con la sangre.

He aquí lo que era. Furioso el inglés por su inferioridad en el manejo del palo, habia apostado con el americano á que se colocaría á setenta pasos de él, y que no le alcanzaria con la punta del suyo. El americano aceptó la apuesta, y colocados á la distancia convenida, esclavo el inglés de su palabra, aguardó flemáticamente el golpe de aquel dardo de nueva especie que le habia atravesado la megilla, y roto un diente.

Este accidente trajo un poco de calma á la retaguardia de nuestra caravana, que al cabo de poco entraba por la gran puerta de la posada de Rosenlawi.

No nos detuvimos mas tiempo que para tomar un baño, y aun no fué necesario calentar agua pues era termal, y estando cerca el manantial llegaba tibia á la caja: despues nos encaminamos hácia la nevera, una de las mas famosas del Oberland.

Esta vez rodaba sobre nuestras cabezas una tempestad, hermana de la que el dia anterior habiamos tenido bajo nuestros pies; esta diferencia de posicion nos era muy poco favorable; con todo, proseguimos la expedicion sin cuidarnos de los prudentes consejos que nos daban los truenos, y llegamos sin desgracia al pie del Mar de hielo, situado á un cuarto de hora de la posada.

La nevera de Rosenlawi goza de merecida reputacion, pues si no es la mas grande, es en mi opinion la mas bella de todo el Oberland. Radiante por todas partes con un tinte azulado, cuya causa ignoro, y que le es esclusivamente propio, ofrece todos los matices de aquel color desde el claro de la turquesa hasta el subido y brillante del zafiro. La abertura colocada en su base, y por la que sale hirviendo de Reicherbach, parece al pórtico del palacio de una encantadora, y sostienen su bóveda de encaje guarnecido de los festones mas caprichosos, variados y elegantes, por medio de maravillosas columnas que por su esbeltez y transparencia se creeria ser obra de los genios. Cuando uno se inclina para mirar sus profundidades en donde corre en torbelli-

no el torrente, tanto se maravilla de aquella arquitectura fantástica, que tiene envidia á la diosa que habita semejante morada, y siente una celosa necesidad de precipitarse allí para compartirla con ella. Goethe hizo su Ondina sin duda en la entrada de una gruta semejante.

El ruido producido por los borbotones del agua que se estrella en la roca y que se resuelve en espuma, nos impedia hacia un cuarto de hora oír los truenos que sin embargo, redoblaban su fuerza. Habiamos olvidado completamente la tormenta cuando nos la recordaron algunas gotas gruesas y tibias que comenzaron á caer; alzamos la cabeza, y el cielo parecia que se habia bajado sobre el vasto embudo que formaba la montaña en cuyo fondo nos hallábamos nosotros, y de instante en instante se iba bajando mas por las vertientes, acercándose mas á nosotros, cual si debiese concluir por aplastar nuestras cabezas. La respiracion nos faltaba cual si estuviésemos encerrados en una inmensa máquina neumática; nos parecia que no faltaba mas que un relámpago para inflamar la atmósfera ardiente que nos rodeaba. Al fin, el violento estampido de un trueno rompió aquel dosel de vapores y azotando el aire el huracan sacudió sobre nosotros sus vastas alas, destilando todas lluvia.

Estábamos demasiado lejos de la posada para ir á buscar allí un abrigo, y así refugiándose bajo la copa de un árbol construimos con nuestros palos y blusas una pequeña tienda para poner á cubierto á las señoras. Aquella cabañita sirvió desde luego al objeto para que la hicimos por un rato, pero al cabo de un cuarto de hora estando ya calada la tela, cesó de chorrear el agua por encima, comenzó á calar y empezaron á caer sobre nuestras cabezas cuatro ó cinco fuentecillas á manera de chorros. Fué preciso, pues, desafiando la lluvia y los truenos salir al descubierto y tratar de volvernos á la posada; esto es lo que hicimos, volvernos con barro hasta el tobillo y en ciertos trechos con agua hasta la rodilla. Llegamos chorreando como unos canalones.

Llamamos á Willer, encargado de los equipages, pero cuando le pedimos la ropa blanca, nos respondió que sabiendo que nuestra intencion era llegar á Meyringen en aquella misma noche, habia aprovechado una proporcion que se habia ofrecido y mandado delante todo el bagage. Infelices de nosotros, no teniamos ni un pañuelo para mudarnos, y en cuanto á irnos á Meyringen era de todo punto imposible, pues los caminos estaban impracticables, hechos unos rios, por tanto ya no nos quedaba mas que un arbitrio el que adoptamos, y fué el hacernos calentar las camas y meternos en ellas en tanto que se ponian á secar los vestidos.

Comimos acostados como los emperadores romanos y nos dormimos luego despues.

Yo no sé cuanto tiempo hacia que no dormiamos; pero lo que sé bien es que estaba en lo mejor y mas profundo de mi sueño cuando se presentó la criada de la posada con un candelero en la mano.

—¿Qué hay? pregunté yo con el mal humor de un hombre á quien interrumpen en medio de una de las funciones que le son mas gratas.

—Nada, señor, sino que será preciso que os levanteis.

—¿Para qué?

—Es que la lluvia ha aumentado de tal manera las dos cascadas que dominan la posada, que el arroyo que pasa por delante de la puerta acaba de llevarse el puente, y es probable que se lleve tambien la casa....

—¿Cómo! ¿llevarse la casa?... ¿la casa en que estamos?

—¡Oh! si señor, ya se la llevó otra vez, no esta misma sino otra.

—¿Y mis vestidos?

—No teneis tiempo mas que para ponéroslos.

—¡Id, pues, á buscármelos.

Respondo de que nunca me he vestido con mas prontitud: aun no habia acabado de ponerme las mangas de la blusa, cuando sin escuchar los gritos de la criada que bajaba la escalera, y encontrando la puerta de la cocina, me meti dentro de ella de un salto.

—¡Hola! dije en seguida, al sentirme mojado hasta la pantorrilla.

—¡Pero, señor! gritaba la criada.

Yo no la escuchaba y me disponia á abrir una puerta.

—Señor, que vais por ahí á dar en el arroyo.

Solté en seguida el picaporte, y saltando encima de los hornillos, quise salir por una ventana.

—Señor, que vais á saltar en la cascada.

—¡Diablo! grité yo entonces, decididamente estoy circunvalado: ¿por dónde queréis que me vaya? ¡Era preciso haberme dejado estar tranquilo en la cama! A lo menos habria salido embarcado.

—Pero, señor, podeis salir por la ventana del piso principal.

—¡Lleveos el diablo! ¿por qué no me lo habeis dicho desde luego?...

—Si hace una hora que os lo estoy diciendo y no me escuchais y correis como un perdido.

—Es verdad, yo tengo la culpa, guíadme.

Volvimos á subir al primer piso y la criada me enseñó una tabla que por una punta se apoyaba en la ventana, y en la montaña por la otra, pareciase mucho al puente de Mahoma para que se arriesgase en él un buen cristiano sin reflexionarlo bien.

—Muchacha, la dije guiándole el ojo y rascándome la oreja; ¿qué, no hay otro camino?

—¿Os asusta? ¡Bah! vuestro amigo el inglés,

que tiene una fluxion, ya lo sabeis, la ha pasado por ahí de un salto.

—¿Ha pasado? buen provecho le haga; ¿y las señoras, han pasado por ahí?

—No, las han sacado los guías.

—¿Y los guías donde están?

—En el monte á cortar pinos para atajar la cascada.

No habia medio de retroceder: tomé con valor mi partido, solo que me salté á caballo en lugar de ir á pie. Cualquiera que me hubiese visto desde abajo, me hubiera tenido por un brujo que se iba á su aquelarre montado en un mango de escoba.

Cuando hube llegado á mi destino, y el verme en tierra me hizo recobrar el aliento que habia perdido al pasar por la tabla, me dirigí hácia un punto en donde veia brillar hachones, y nunca olvidaré el extraño y magnífico espectáculo que se desplegó ante mis ojos.

La cascada que al llegar habiamos admirado por su gracia y ligereza, se habia convertido en un espantoso torrente; sus aguas, que habiamos visto antes plateadas de espuma se precipitaban negras y turbias con el lodo, arrastrando consigo peñascos que hacian saltar como guijarros, y árboles seculares que hacian astillas cual si fuesen varitas de mimbre. Nuestros guías, desnudos hasta la cintura y armados de hachas, derribaban con todo el ardor de su naturaleza montañesa los pinos que guarnecian las orillas, y haciéndolos caer de modo que formasen un dique. Cuatro ó cinco de ellos descansaban mientras se preparaban á reemplazar á sus compañeros y tenian en las manos hachones cuya vacilante luz iluminaba aquel cuadro. Pero muy pronto fué urgente el concurso de todos los brazos, los que abundaban tuvieron que buscar donde colocarlos, teniendo que tomar otra vez las hachas. Viendo yo su embarazo y la urgencia del caso, cogí uno de aquellos hachones encendidos, y acercándome á un pino aislado que dominaba el terreno en que nos hallábamos, apliqué el fuego á una de sus ramas resinosas, y al cabo de diez minutos ardía ya desde el tronco hasta la copa, y estaba iluminada aquella escena por un candelabro en armonía con ella.

Yo no sabré esplicar el carácter primitivo y grandioso que ofrecia el espectáculo de aquellos hombres luchando con los elementos. Aquellos árboles que en cualquiera otro pais hubieran sido marcados con las cifras reales, cayendo unos sobre otros derribados por el hacha de los montañeses, seguros de no tener que dar de ellos cuenta á nadie, ofrecian una imagen de una de las primeras escenas del diluvio. En cuanto á mí, yo pegué fuego al árbol con cierta embriaguez, y cuando le vi caer di un verdadero grito de victoria: aquel fué tal vez el único momento de fatuidad que he tenido en toda mi vida. Sentia una conviccion extraordinaria de mi fuerza, y creo que



habría derribado todo el bosque sin descansar.

Sin embargo, resonó el grito de *basta*, y quedaron levantadas todas las hachas y hijos los ojos en el torrente vencido ya, y encadenado. La destrucción cesó tan pronto como fué inútil.

Volvimos á la posada casi seguros de que no nos volverían á desalojar de ella; sin embargo, se quedaron dos hombres vigilando cerca del torrente para dar la alarma en caso de peligro. Ignoro si hicieron bien la guardia, pero lo que sé es que nos dormimos de un tirón hasta las ocho de la mañana.

Habíamos dormido tanto más tranquilos cuanto que sabíamos que la jornada del día siguiente, aunque larga, no era cansada, pues de las diez leguas que teníamos que hacer cuatro eran por el lago de Brienz y no teníamos nada en que ocuparnos en ver Meyringen por donde pasábamos, más que tomar el desayuno y continuar la jornada.

El camino conservaba horribles rastros del huracán de la víspera, pues de trecho en trecho cortaban el camino los hondos surcos que habían dejado los torrentes improvisados por los que corrían unos arroyuelos bastante rápidos para entorpecer el paso, y de tiempo en tiempo encontrábamos árboles arrancados de cuajo cuyas raíces enredadas á las piedras del camino formaban una especie de barricada que los mulos de las señoras querían mejor comer que saltar, y así á cada momento se oían gritos espantosos de nuestras viageras, que á veces no carecían de motivo.

Al cabo casi de dos horas más de trabajo que de camino nos hallamos en la cima de la montaña, que separa el valle de Rosenlawi del de Meyringen. Un rellano cubierto de césped ofrece desde lejos su rico tapiz para hacer un alto al viajero, y cuando seducido por aquella sábana verde se aproxima para descansar, admira á medida que se adelanta de la coquetería de la montaña, que al pie del rellano donde primero no había visto más que un lugar de descanso, ostenta toda la riqueza inesperada del valle más lindo tal vez de la Suiza.

Es una cosa notable además el cuidado que se toma la naturaleza en mostrarse siempre bajo su más ventajoso aspecto, ya ostenta su gracia, ya su fuerza, ó su riqueza, ó su aspereza. En medio de tantos picos y rocas á cuya cima nadie puede alcanzar más que los gamos y las águilas, el hombre encuentra siempre una roca accesible, y desde allí con la vista abarca del modo más favorable las líneas del paisaje que se extiende bajo sus pies: parece que la naturaleza, coqueta como una mujer, indiferente al voto de los animales, necesita para lisonjear su orgullo los homenajes del hombre, y semejante á las reinas que conocen la debilidad de su sexo, no puede permanecer en su trono sin hacer sentar en él á un rey.

En aquel rellano de Meyringen deben nacer en el alma estas reflexiones más que en cualquiera otra parte. Después de dos horas de camino por un país medianamente hermoso en donde no se encuentra para distraer la vista del fatigoso aspecto de un doble muro de montes, más que en un salto de agua bastante elevado, pero tan delgado que le llaman la cascada de la cuerda, (Seilibach) divisase de repente sin preparación, cual si levantasen un telón, uno de los paisajes más variados y maravillosos que jamás han recompensado al viajero de su fatiga, debería decir que se la había hecho olvidar.

Después de haber permanecido media hora absorto en la contemplación de aquel espectáculo que no sabría reproducir la pluma sobre el papel, ni el pincel sobre el lienzo, nos encaminamos hacia la cascada de Reichembach, cuya caída no podíamos ver todavía, aunque ya nos indicaba su sitio una polvareda de agua parecida al vapor que arroja la boca de un volcán.

Para llegar á ella tuvimos que subir una cuesta tan rápida que han tenido que hacer escalones para llegar á su cumbre. Desde el rellano que forma se mira al abismo á donde el agua precipita su caída: allí se estrella á ochenta pies debajo de los que la contemplan, y volviendo á subir luego en una polvareda da un rocío bastante espeso que obliga á meterse en una casita construida con el solo objeto de resguardar de aquella lluvia que viene de la tierra en vez del cielo.

Allí como en otras muchas partes de la Suiza se vende un gran número de juguetes de madera esculpidas con el cuchillo, que por la gracia de sus formas y bien rematado del trabajo, son más preciosos que muchas de las obras que salen de nuestras manufacturas. Son azucareros con guirnalda de yedra ó de encina con un gamo por tapadera, cucharas y tenedores esculpidos como los de la edad media, y en fin, copas que recuerdan las que disputaban por sus cantos los pastores de Virgilio. Estos objetos se suelen vender muy caros algunas veces: yo vi vender en cien francos un par de estas copas.

Desde la casita en donde está el almacén general, bajamos á otro rellano situado á cien pies debajo de aquella, y desde allí descubrimos la caída inferior del Reichenbach en donde, por la particular situación de las rocas el agua se agita y rebota más. Yo no he visto el Peneo de que habla Ovidio, ni sé si es exacto el cuadro que de él nos hace.

... Spumosis volvitur undis  
Dejectuque gravi tenues agitantia fumus.  
Nobila conducit, summasque aspergine silvas  
Implicit, et sonitu plus quam vicina fatigat.

pero lo que yo sé es que esta descripción se adapta tanto al Reichembach, que yo la plagio

del primer libro de las Metamorfosis para escusarme de hacer otra que probablemente sería menos exacta.

Entonces para llegar á Meyringen apenas faltan más que diez minutos, y de Meyringen á Brienz dos horas. Llegados á este último pueblo alquilamos una barca y nos dirigimos hacia Geissbach que tiene el privilegio con el Reichembach de dividir el trono de las cascadas del Oberland. Yo no emitiré mi opinión sobre esta importante cuestión, porque cansa todo, hasta las cascadas, y hacia ya cinco ó seis días que había visto tanto que comenzaban á fastidiarme todos los nombres que terminaban en *bach*.

Sin embargo, como hubieran tenido por una heresia el que hubiese pasado por delante del Geissbach sin pararme, eché pie á tierra y comencé á subir la montaña desde cuya cima se precipita la cascada en doce caídas cuyo estruendo oíamos ya desde Brienz, esto es, desde una legua.

A la mitad de la subida casi encontramos, al regente Kærli y sus dos hijas que nos aguardaban para ofrecernos la hospitalidad en una hermosa casa de campo cuyo piso principal adornaba un piano ante el cual se sentó, y sus hijas se pusieron inmediatamente á cantar muchas canciones suizas y dos ó tres tirolesas. Aunque aquella hospitalidad y aquella música no fuesen enteramente desinteresadas, se nos habían ofrecido sin embargo con tanta amabilidad que no hubo medio de creer que cumplíamos con pagar al buen hombre, le dimos las gracias de todos modos. Tan encantado de nosotros, como nosotros parecíamos estarlo de él, nos regaló al marcharnos una estampa litografiada de su retrato y el de sus hijas. Está litografiado acompañando al piano á sus dos hijas cantando en pie detrás de él.

Una singularidad que recompensa el trabajo que se toma al subir el sendero bastante escabroso que conduce á las caídas superiores del Geissbach, es una gruta formada en la roca detrás de uno de los arcos que forma el agua en su caída. Se puede penetrar en ella sin mojarse absolutamente, gracias á la curva que describe la cascada por la rapidez de su salto, y desde allí se ve todo el paisaje, es decir, el lago, el lugar de Brienz y de Roth-Horn. Gózase de esta vista al través de una gasa de agua moviéndose ella misma, da una apariencia de vida á los objetos sobre que está tendida, estos á su vez se mueven detrás de ella, perfiles sin color, cual gigantescas sombras chinescas.

Después de haber dedicado cerca de una hora al regente Kærli y en visitar la cascada nos reembarcamos. Habiendo ofrecido doble propina á los barqueros si llegábamos en menos de cinco horas á Interlaken, voló nuestra barquilla. Pasamos cual aves de mar atrasadas, por delante de una hermosa isleta perteneciente á un general italiano al servicio de la

Francia hacia mucho tiempo, y desterrado de su país, según creo, se había retirado allí. Un poco más lejos nuestros guías nos mostraron el Tanzplaz, peñasco cortado perpendicularmente, en cuya cima hay una magnífica llanura cubierta de césped; allí iban á bailar en otro tiempo los habitantes de los inmediatos pueblos. Un día un joven y una muchacha que no podían conseguir de sus padres licencia para unirse, se citaron: se formó un gran wals, en el que tomaron parte como los demás, solamente que se advirtió que á cada vuelta que daban se acercaban al precipicio; al fin al dar la última vuelta se abrazaron más estrechamente el uno al otro, se les vió besarse, y después, como si les hubiese arrebatado el ardor del baile, se acercaron al abismo y se precipitaron en él. Al día siguiente se les encontró en el lago muertos y abrazados aun. Desde entonces se ha mudado el sitio del baile en otro punto del valle.

A las cinco menos cuarto desembarcamos á diez minutos de distancia de Interlaken.

Nuestra expedición por el lago, en vez de cansarnos nos había dado fuerzas: podíamos después de comer todavía dar una vuelta por Hohbuhl, hermoso paseo situado detrás de Interlaken.

Hohbuhl es un jardín inglés que se extiende desde la base hasta la cima de un pequeño terreno de tres ó cuatrocientos pasos de alto; por entre las árboles se pueden ver al paso y á medida que se suben las partes aisladas del panorama que desde arriba se abarcan en todo su conjunto. Fuera de la maravillosa perspectiva que desde allí se goza no ofrece nada notable más que un banco en el que grabaron sus nombres Enrique de Francia, Carolina de Berry y Francisco de Chateaubriand en las épocas en que pasaron por Interlaken.

Al volver, en la posada hallé á Willer que me preguntó por donde contaba salir del Oberland al día siguiente para ir á los pequeños cantones. Tres caminos podía elegir en las montañas: el monte Brunig, el Grimsel ó el Gemmi. Me decidí por el Gemmi que conocía por su fama. Al día siguiente tuve la satisfacción de conocerlo también de vista, lo que quiere decir que si alguna vez vuelvo á Interlaken saldré entonces por el Grimsel ó el Brunig.

#### EL MONTE GEMMI (1).

Debíamos partir de Interlaken á las cinco de la mañana en una carretela que debía con-

(1) Se pronuncia Ghemmi.